

LOS JOVENES TURCOS HAN ENVEJECIDO

ATATÜRK significa «padre de los turcos». Mustafá Kemal fue llamado Atatürk; abandonó su título feudal de señorío —pachá— para adquirir este sobrenombre del que no es preciso explicar que era absolutamente paternalista; con él, proclamó la República en 1923, sobre las ruinas del viejo Imperio otomano, descuartizado por otros Imperios más grandes que él, comido ya por pequeñas potencias que le arrebataban jirones de territorio. Consumido en sí mismo por las arbitrariedades de un demente, el Sultán Abdul Hamid, «el Sultán rojo» —por la sangre que vertía—, pura bestia. Mustafá Kemal, que procedía ya del movimiento de los Jóvenes Turcos —nacidos, a su vez, de los Jóvenes Otomanos—, buscó la forma de renovar su país asumiendo las fuerzas que creía encontrar en Occidente. Serena, firme, meditadamente, con una atroz seguridad en sí mismo, Atatürk organizó una considerable catástrofe: la occidentalización de Turquía. El país no se ha repuesto aún de ella.

La gran catástrofe había comenzado, realmente, antes. El pueblo otomano se había abalanzado des-

cos ayudaban a los pueblos árabes a desprenderse de los turcos y obtener su independencia. Se sabe lo que fue de esa independencia: los pueblos árabes cayeron bajo el protectorado inglés, fueron desmembrados y divididos, y la cuestión continúa aún. Al producirse la guerra mundial de 1914, Turquía se alió con Alemania, con los poderes centrales: y, con ellos, perdió la guerra. El último núcleo del viejo Imperio se iba a desmoronar. En 1919 los griegos desembarcaron en Esmirna: los ayudaban ingleses y franceses. Pero Turquía desarrolló una defensa fanática. El Sultán parecía plegarse a los designios de los aliados, y el pueblo que se movilizaba contra los griegos lo hizo también contra el Sultán. Los Jóvenes Turcos habían iniciado ya años antes la resistencia contra la brutalidad de Abdul Hamid; muchos de ellos vivían en el exilio, en países occidentales, pero tenían relación continua con el interior, especialmente con las capas más oprimidas, las minorías nacionales (macedonios, armenios); en 1907 comenzaron a tener contactos con el Ejército: los oficiales jóvenes comenzaron a secundarles. Sus presiones —y las de

consiguieron un armisticio; en 1923, un tratado de paz que fijaba unas fronteras aceptables de Turquía, con Constantinopla y la orilla europea del Bósforo. Para Kemal Atatürk este fragmento de Europa significaba algo más que un territorio; significaba el europeísmo, ser una nación europea en lugar de una nación asiática. Estaba luchando por unos conceptos. El tratado de paz fue firmado en julio; en octubre, Kemal proclamaba la República y se ponía al frente de ella, dotado ya de todas las excelencias del carisma.

Inmediatamente comenzó el primer disparate, del cual no fue sólo responsable Atatürk, sino las potencias europeas que firmaron el tratado, la Sociedad de Naciones y uno de los más temibles benefac-

tores de la Humanidad, el noruego Nansen. El disparate consistía en un trasplante de poblaciones: minorías griegas que habitan en Turquía fueron llevadas a su país de origen, minorías turcas que vivían en Grecia, trasladadas a Turquía. La espantosa idea preconizada por la Sociedad de Naciones fue realizada por Nansen. Aún hoy los pasaportes concedidos por los organismos internacionales a las «personas desplazadas», a los apátridas, a aquellos ciudadanos de ningún sitio producto de los grandes movimientos históricos, se llaman pasaportes Nansen (entre los refugiados españoles se llamaron «el acordeón», por su forma desplegable). Fristjof Nansen había sido un explorador del Polo y de las zonas árticas, que alcanzó gran fama por

Mustafá Kemal, llamado Atatürk o padre de los turcos, buscó el modo de modernizar su país asumiendo las fuerzas que creía encontrar en Occidente.



JUAN ALDEBARAN

de la asiática Anatolia hacia el Este a partir de la toma de Constantinopla en 1453; durante doscientos cincuenta años se había extendido hasta tener un extenso dominio en la orilla árabe del Mediterráneo, desde el golfo Pérsico hasta Marruecos, y hacia el Centro de Europa, desde Crimea hasta Viena, pero no había llegado a capturarla. Fue su máximo esfuerzo, y a partir de entonces comenzó a declinar. Ya terminado el siglo XIX, su caída era visible. Se produjo lo que se llamó en las Cancillerías «Eastern question». En primer lugar, los Imperios vecinos —Rusia, Austria— comenzaron a devorar el territorio otomano; los ingleses se asustaron de lo que podía romper el «equilibrio de los poderes» y decidieron proteger a los otomanos de su desintegración; ellos mismos le inclinaron hacia Alemania. Al mismo tiempo, muchos de los pueblos ocupados por el Imperio otomano comenzaron a luchar por su independencia, y a obtenerla. Los serbios, los griegos, los rumanos, los búlgaros, los albaneses... En la otra orilla del Mediterráneo, los británi-

las potencias occidentales— comenzaron a perforar la espesa capa tiránica de Abdul Hamid, y consiguieron la implantación de la Constitución y un Parlamento. Volvieron los exiliados y apareció una ruptura entre los Jóvenes Turcos: los liberales, formados en Francia y en Gran Bretaña, y los nacionalistas, del interior, que preferían la línea dura y autoritaria de Alemania.

Un joven oficial, Mustafá Kemal, se había unido a los Jóvenes Turcos. Había sido llamado al combate contra los griegos que desembarcaron en Esmirna, y había comenzado la guerra por su cuenta en el Asia Menor. La guerra contra los griegos, y la guerra, la revolución contra el Sultán. Kemal tenía treinta y nueve años cuando los griegos desembarcaron en Esmirna, una audacia increíble, la calidad de un jefe nato y de un reformador. Creó su propio Ejército, su propio Estado. Sus victorias fueron importantes. Un pueblo humillado durante muchos años comenzó a sentir la posibilidad de una restauración de sí mismo. Los aliados occidentales de Grecia le respetaron. En 1922



Atatürk cambió de nombre a la antigua ciudad de Constantinopla, a la que hoy conocemos como Estambul.

haber dirigido la primera expedición que atravesó Groenlandia, y por haber llegado más al Norte que nadie en aquellos tiempos. Fue un héroe nacional y aprovechó esta condición, cuando ya los años le impedían aventuras glaciales, para entrar en la cálida aventura de la política. Fue embajador de su país en el extranjero y un personaje importante en la Sociedad de Naciones; como tal, se ocupó de llevar socorros a las zonas hambrientas de Rusia durante la guerra civil, y en 1922 le dieron el Nobel de la Paz. Investido con este galardón, acudió a restablecer el orden humano en Grecia y Turquía, y su operación de trasplante de seres humanos —las primeras «personas desplazadas» de este siglo— hizo la desgracia de un par de millones de personas. El millón de griegos del Asia Menor eran descendientes de los cuerpos expedicionarios de la antigüedad; no conocían su país, hablaban un griego clásico, desconocían las costumbres de Grecia. No encontraron en el país al que fueron llevados ni trabajo, ni hogar, ni comprensión. Algo similar sucedió con los turcos llevados de Grecia a su patria antigua.

Sobre este drama personal comenzó a producirse un drama de alcance nacional. La expulsión de griegos y armenios significaba la expulsión de una minoría burguesa, comerciante, artesana, de clase media. Se sabe lo que las minorías dan de sí en este aspecto: privadas de las vías honoríficas del poder —la milicia, la religión, la política—, constituyen unas sociedades paralelas que se dedican exclusivamente al trabajo, y aceptan con resignación entregar la parte que corresponde a las clases en el

poder. La expulsión de judíos y moriscos en la España del siglo XV provocó una conmoción social y económica muy importante; la de técnicos y trabajadores extranjeros en los países recientemente descolonizados ha sido ahora una repetición. Kemal pensaba en aquel momento que el «perezoso turco» ocuparía los puestos de trabajo que quedaban vacantes. En realidad, no ha sucedido todavía enteramente. Toda una base de la estructura de la nación quedó rota. Pero era sólo el principio. Los destrozados iban a ser mucho mayores.

Mustafá Kemal soñaba con la occidentalización. Su espíritu moderno era, en realidad, arcaico. Si Occidente había vencido a Oriente —el Imperio otomano— era porque Occidente era superior; por lo tanto, pensaba Atatürk, y su generación política y militar, la asunción de las formas modernas occidentales supondría también la adquisición de su fuerza. Significaba un canibalismo cultural. El fenómeno no es aislado. Hoy se puede hablar de autocolonización en ese mismo sentido, y países que presumen de tener una viveza de espíritu y de cultura muy superior al de la Turquía del final del Imperio sangriento, repiten este canibalismo: en Europa se imitan las formas de vida y de técnica de los Estados Unidos con verdadera fruición. Es el fenómeno de las modas indumentarias: las clases inferiorizadas copian la forma de vestir, los ademanes, las costumbres de las consideradas superiores, para recibir así, mágicamente, parte de su poder. Kemal Atatürk abolió el islamismo como religión de estado y proclamó la libertad de cultos, medida política de gran calidad e importancia,

pero prohibió —con medidas severas— el uso del fez y del turbante, el velo de la mujer, el caftán. Traslado el día semanal de fiesta del viernes al domingo. Comenzó a reinar una gran confusión. En 1926 estableció la monogamia. En 1929 se llevó la Universidad de Constantinopla (ciudad a la que cambiaría su nombre por el de Estambul) a Ankara; el mismo año prohibió la escritura árabe y declaró obligatorio para los periódicos, los libros, los documentos y los escritos oficiales, el alfabeto latino de 29 letras. Una de sus más inauditas reformas fue la del lenguaje. Las palabras árabes, persas, fueron abolidas del idioma. Imaginemos por un momento que el idioma español se viese de pronto desposeído de sus raíces árabes y judías, por Decreto, y que en su lugar se obligasen vocablos iberos o exclusivamente latinos, y no tendríamos más que una pálida idea de lo sucedido en Turquía, donde esta reforma del idioma tenía efectos mucho más graves: las palabras árabes y persas eran las palabras de la cultura absorbida durante siglos por el Imperio otomano. Palabras prohibidas...

En el espacio de cinco, de seis años, un pueblo entero quedó privado de sus más enraizadas formas de vida. La irrupción del nuevo alfabeto convirtió inmediatamente en analfabetos a algunos millones de seres, que se vieron al mismo tiempo privados de sus fuentes de conocimiento, los libros árabes y persas. Quien visite la Turquía de hoy tendrá la impresión —por lo menos, esa fue la mía— de un pueblo desconcertado. Las modas son extrañas: las mujeres —sobre todo las del campo, las del interior— tra-

tan de llevar unos trajes amplios y largos que, teniendo algo de occidentales, les haga seguir respetando las formas islámicas del vestido; los hombres se tocan la cabeza con lo que pueden. Los viernes no son días de fiesta, pero acuden a la mezquita y no trabajan. Tampoco los domingos. Es un pueblo disfrazado y desorientado, que, naturalmente, no ha encontrado por esta simple combinación las formas occidentales a las que, por otra parte, la prolongada dictadura paternalista no les ha dado acceso. Kemal estableció la democracia, pero con partido único —sólo mucho más tarde se permitió un segundo partido para establecer turnos—, es decir, un disfraz de la Dictadura. No hay que olvidar algunos hechos contemporáneos para Turquía: la influencia mediterránea de Italia, la antigua y potente penetración de Alemania, amiga contra ingleses y franceses, aliada en la primera guerra mundial, implantada en el comercio y la industria, y la frontera con Rusia. De la Unión Soviética tomó Atatürk la idea de una revolución radical que cambiase enteramente la vida y las costumbres de un pueblo (pero en el caso turco, sin más doctrina que la de la adopción de formas); de los tres países, la doctrina del partido único y la rigidez en el cumplimiento de lo dispuesto por la autoridad; de Occidente, las formas cotidianas y la forma de la democracia.

Es muy posible pensar que Mustafá Kemal hubiese establecido en 1923 una República real, una libertad de partidos políticos, una protección a las minorías raciales

71 DIAS Y 56 MINUTOS VIVIDOS

SOLO PARA LOGRAR UN **OBJETIVO**



Nombre: CHACAL

Profesión: Asesino

Objetivo: De Gaulle

La película de Fred Zinnemann

CHACAL

Una producción de John Woolf

Basada en la novela de Frederick Forsyth

Edward Fox es El Chacal

Guión de Kenneth Ross Co-Productores: David Deutsch y Julien Derode

Dirigida por Fred Zinnemann Producida por John Woolf

Un Filme de Warwick Film Productions y Universal Productions France S.A.

Technicolor®  Distribuida por Cinema International Corporation 

LOS JOVENES TURCOS HAN ENVEJECIDO

y religiosas, un Parlamento real y una prensa libre; aun dejando el alfabeto árabe, la cultura antigua y las palabras clásicas, el país hubiese alcanzado rápidamente los objetivos que él mismo y sus compañeros de revolución se proponían.

Kemal Atatürk murió en 1938, después de quince años de poder. Le sucedió el general İsmet İnönü, que se encontró inmediatamente con una situación delicada: la guerra mundial. Turquía fue una encrucijada, un centro de espionajes, de intrigas como consecuencia de su posición geográfica y de su declaración de neutralidad —luego, de no beligerancia a favor de los aliados—, de las presiones alemanas y soviéticas. A punto ya de ser vencida Alemania, Turquía le declaró la guerra, lo cual le permitió entrar en las Naciones Unidas; pero a partir de la doctrina Truman y de la guerra fría, su carácter fronterizo con la Unión Soviética la convirtió en un baluarte de la OTAN, cuando ésta se creó, y continuamente de los Estados Unidos: Turquía aceptó establecer en su territorio bases —como la de Adana— con bombarderos y misiles nucleares apuntados a la Unión Soviética; recibió una importante ayuda en dólares como consecuencia, pero este dinero se perdió en la corrupción y algunas obras tan descabelladas como las de Atatürk, pero sin su fuerza renovadora. Fue la década del dictador Menderes, predecesor sangriento. Si Atatürk pretendió occidentalizar Turquía por una revolución cultural precursora, Menderes quiso hacerlo por una imitación urbaísta y técnica. Por ejemplo, Menderes tomaba una noche un plano de Estambul y trazaba con un lápiz rojo lo que debía ser una gran avenida: a la mañana siguiente, los «bulldozer» comenzaban a derribar casas, sin dar apenas tiempo a sus vecinos a salir de ellas. En un viaje que hice en la época de Menderes, vi estas avenidas así abiertas: en las medias habitaciones de las casas partidas por la mitad se veían aún gentes viviendo, porque no tenían donde ir. Luego, como no había créditos para terminar las obras, los escombros quedaban amontonados y las avenidas no se realizaban nunca. Menderes fue ahorcado en 1961, después de un juicio largo, depuesto por un golpe militar dado por el general Gursel en 1960.

Fue este el primero de una serie de movimientos militares y de graves inquietudes políticas. La clave de todo este período de la historia de Turquía es la evolución de guerra fría y coexistencia, las relaciones de los Estados Unidos con la URSS y su importancia en la zona estratégica mediterránea. Menderes fue un «hombre fuerte» impuesto por los Estados Unidos, como otros muchos en otros lugares decisivos del mundo, y como gran parte de ellos fue depuesto y sustituido. Como en Grecia, el regreso lento de la

política se marcó por una tendencia hacia el neutralismo, a la separación de la OTAN, y, también como en Grecia, por sucesivos golpes de Estado correctores, y por la apertura de un ciclo fatídico; al cerrarse las vías legales de la oposición, ésta se radicalizaba, en sus extremos, hacia los actos de fuerza o de violencia: calificados éstos como terrorismo y como agitación fomentada desde el exterior, provocaban represalias y represiones y nuevos endurecimientos del régimen. En 1962 y 1963 hubo movimientos militares sin éxito; el del 12 de marzo de 1971 se ha llamado no golpe de Estado, sino intervención: los altos jefes del Ejército plantearon un ultimátum a los civiles para que adoptasen una política de fuerza que eliminase la oposición, incluyendo los fusilamientos de los culpables de actos de violencia, y éstos accedieron. Teóricamente, desde entonces el Gobierno sigue siendo civil, pero son ciertos grupos del Ejército los que aceptan o vetan a los gobernantes y los que inspiran la legislación.

Sin embargo, las elecciones legislativas del 14 de octubre pasado se han desarrollado en cierto régimen de libertad, y sus resultados se han interpretado como contrarios a la «intervención» de 1971, al dar el triunfo a dos partidos de una oposición moderada, el Republicano del Pueblo —que no ha cesado de ser contrario a la doctrina de «intervención»— y el de Salvación Nacional, preferentemente musulmán de la línea del «socialismo islámico». Como consecuencia de este resultado, el dirigente del partido republicano popular, Bulent Ecevit, es ahora el encargado de formar Gobierno; ha recibido el encargo dos días antes de la conmemoración del cincuentenario de la República. En unas declaraciones a «Le Monde», Ecevit asegura que el Ejército no pondrá dificultades a la creación de un Gobierno de coalición de izquierdas —el partido republicano con el musulmán socialista—, porque el Ejército quiere desprenderse del carro de la política, a cambio de la seguridad de que el orden público no va a alterarse en ningún momento; que permanecerá dentro de la OTAN —el neutralismo, como se ve, es imposible—, pero con la intención de favorecer un entendimiento entre los dos bloques y una integración política de Europa; quien piensa decretar una amnistía —con excepción de los terroristas que tengan las manos manchadas de sangre— y que tratará de sacar al país del subdesarrollo. Moderado y prudente, Ecevit quizá pueda iniciar un proceso que responda a la voluntad popular de las urnas, cincuenta años después de que el mismo pueblo se desembarazase de un Sultano tiránico, pero sin demasiada suerte después para realizarse a sí mismo. ■ J. A.

